

Homilía de las limosnas y la misericordia hacia los pobres y necesitados



Autor desconocido

Limosnas y actos de misericordia

1. Entre los múltiples deberes que Dios Todopoderoso exige a sus fieles siervos, los verdaderos cristianos, con los que quiere que su nombre sea glorificado y la certeza de su vocación declarada, no hay ninguno que le sea más agradable ni más provechoso que las obras de misericordia y piedad mostradas hacia los pobres afligidos por cualquier tipo de miseria. Y sin embargo, a pesar de esto, es tal la pereza de nuestra embotada naturaleza para todo lo que es bueno y piadoso, que casi en nada somos más negligentes y menos cuidadosos que en esto. Por lo tanto, es muy necesario que el pueblo de Dios despierte sus mentes adormecidas y considere su deber en este aspecto. Y es necesario que todos los verdaderos cristianos busquen y aprendan lo que Dios requiere de ellos por medio de su santa Palabra, para que primero, conociendo su deber, del cual muchos por su negligencia parecen ser muy ignorantes, puedan después diligentemente esforzarse por cumplirlo. Con esto, tanto las personas piadosas y caritativas pueden animarse a seguir adelante y continuar con sus obras misericordiosas de dar limosna a los pobres, como también aquellos que hasta ahora lo han descuidado o despreciado, pueden ahora, cuando finalmente escuchen cuánto les corresponde, considerarlo sabiamente y aplicarse virtuosamente a ello.

Y a fin de que cada uno de vosotros comprenda mejor lo que se enseña, y para que más fácilmente asimile y así obtenga más fruto de lo que se dirá, cuando se traten varios asuntos por separado, me propongo particularmente, y en este orden, hablar y rogar sobre estos puntos.

En primer lugar, mostraré cuán encarecidamente exige Dios Todopoderoso en su santa Palabra que hagamos limosnas, y cuán aceptables son para Él.

En segundo lugar, cuán provechoso es para nosotros practicarlas y qué bienes y frutos nos traerán.

En tercer y último lugar, mostraré por la Palabra de Dios que quien es generoso con los pobres y los socorre abundantemente, tendrá sin embargo suficiente para sí mismo y estará siempre sin peligro de penuria y escasez.

En cuanto a lo primero, que es la aceptación y dignidad o precio de las limosnas ante Dios, debes saber que ayudar y socorrer a los pobres en su necesidad y miseria agrada tanto a Dios que, como la Sagrada Escritura registra en varios lugares, nada puede ser más agradecido o aceptado por Dios. En primer lugar, leemos que Dios Todopoderoso tiene en cuenta que lo que se da y se otorga a sí mismo es lo que se da a los pobres. Porque así nos lo atestigua el Espíritu Santo por medio del sabio, diciendo: «Al Señor presta el que da al pobre¹». Y Cristo en el Evangelio avala y como una verdad muy cierta lo vincula con un juramento, que la limosna concedida a los pobres le fue concedida a Él, y así será contada en el último día.

Porque así dirá a los que caritativamente gustan de ser abundantes en limosnas cuando se siente como juez en el juicio final para sentenciar a cada uno según sus merecimientos: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis». Al mitigar su hambre, mitigasteis la mía; al calmar su sed, calmasteis la mía; al vestirlos, me vestisteis a mí; y cuando los hospedasteis, a mí también me hospedasteis; cuando los visitasteis enfermos o en la cárcel, a mí también me visitasteis². Porque así como el que recibe a los embajadores de un príncipe y los hospeda bien, honra al príncipe de quien proceden esos embajadores, así también el que recibe a los pobres y necesitados y los ayuda en su aflicción y angustia, recibe y honra a Cristo, su maestro, el cual, así como fue pobre y menesteroso mientras vivió entre nosotros para obrar el misterio de nuestra salvación, así también, al partir, prometió enviarnos en su lugar a los pobres, por cuyo medio se supliría su ausencia, y, por tanto, lo que debemos hacerle a Él, es nuestro deber hacerlo a ellos³. Y por esta causa dijo Dios Todopoderoso a Moisés: «Nunca faltarán pobres en la tierra en que habitas⁴», porque quería probar continuamente a su pueblo si le amaba o no; para que, mostrándose obedientes a su voluntad, pudieran ciertamente asegurarse de su amor y favor hacia ellos, y que en nada dudaran, ya que así como en su ley y ordenanzas en las que les mandó que abrieran la mano a sus hermanos pobres y necesitados en la tierra, fueron aceptadas por ellos y cumplidas de buen grado, así Él, por su parte, los aceptaría amorosamente y cumpliría verdaderamente las promesas que les había hecho.

¹ Prov. 19:17.

² Mt. 25:35–40.

³ Mt. 26:11.

⁴ Deut. 15:11.

Los santos apóstoles y discípulos de Cristo, que por su práctica cotidiana vieron en sus obras y oyeron en su doctrina cuánto daba a los pobres, y también los piadosos padres anteriores y posteriores a Cristo, indudablemente imbuidos del Espíritu Santo y ciertamente certificados de la santa voluntad de Dios, nos exhortan encarecidamente y esto casi de continuo en todos sus escritos a que nos acordemos de los pobres y les demos nuestras caritativas limosnas. San Pablo nos exhorta en este sentido: «Consolad a los débiles de espíritu, levantad a los débiles y sed caritativos con todos los hombres⁵». Y también: «Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios⁶». El profeta Isaías nos enseña en este sentido: «¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?⁷» Y el santo padre Tobías da este consejo: «Con tus bienes haz limosna» -aún más- «y no vuelvas la cara al pobre. Da de tu pan al hambriento, y de tus ropas al desnudo⁸». Y el erudito y piadoso doctor Crisóstomo da esta admonición: 'Que la limosna misericordiosa esté siempre con nosotros como un vestido⁹, es decir, 'que estemos tan atentos de esto como lo estamos al ponernos nuestros vestidos, para cubrir nuestra desnudez, para defendernos del frío y para mostrarnos engalanados, así de atentos debemos estar en todo tiempo y época, para dar limosna a los pobres y mostrarnos misericordiosos hacia ellos'. Pero, ¿qué significan estas frecuentes amonestaciones y serias exhortaciones de los profetas, apóstoles, padres y santos doctores? Ciertamente, tal como ellos fueron fieles a Dios, así también lo fueron en cumplir verdaderamente con su deber para con nosotros diciéndonos cuál era la voluntad de Dios, de esta manera, ellos por un singular amor hacia nosotros, se esforzaron no sólo en informarnos, sino también en persuadirnos de que dar limosna y socorrer a los pobres y necesitados, era una cosa muy aceptable y un alto sacrificio para Dios, en el cual Él se deleitaba grandemente y tenía un singular placer. Porque así nos enseña el sabio hijo de Sirach, diciendo: 'dar limosna es como hacer sacrificios de alabanza'. Y añade a esto: 'dar a los pobres es como una ofrenda de acción de gracias. Cuando un justo ofrece un sacrificio y la grasa gotea sobre el altar, un olor agradable sube hasta el Altísimo. El Señor acepta las ofrendas hechas por un justo y no las olvida¹⁰'.

Y la verdad de esta doctrina se verifica por los ejemplos de aquellos santos y caritativos padres de quienes leemos en las Escrituras que eran dados a la compasión misericordiosa hacia los pobres y al alivio amoroso de sus necesidades. Tal fue Abraham, en quien Dios tuvo tan gran complacencia, que le concedió venir a él en forma de ángel, hospedándose en su casa¹¹. Así también fue Lot, su pariente, a quien Dios favoreció de tal modo por haber recibido en su casa a sus mensajeros,

⁵ 1 Tes. 5:14.

⁶ Heb. 13:16.

⁷ Isa. 58:7.

⁸ Tobías 4:7, 16.

⁹ Juan Crisóstomo, Hom. en Rom., 14.

¹⁰ Eclesiástico 35:2, 6-7.

¹¹ Gén. 18:1-15.

pues de otro modo habrían quedado en la calle, grande fue su satisfacción, que lo salvó con toda su familia de la destrucción de Sodoma y Gomorra¹². Tales fueron los santos padres Job y Tobías, con muchos otros, que sintieron pruebas muy palpables del amor especial de Dios hacia ellos. Y así como todos ellos, por su misericordia y tierna compasión demostrada hacia los miserables miembros afligidos de Cristo, aliviándolos, ayudándolos y socorriéndolos con sus bienes temporales en esta vida, obtuvieron el favor de Dios y fueron queridos, aceptables y agradables a sus ojos, por lo que ahora ellos mismos se complacen en la fruición de Dios, en las deleitables alegrías del cielo y están también en la Palabra eterna de Dios puestos ante nosotros, como ejemplos perfectos siempre ante nuestros ojos, tanto de cómo debemos agradar a Dios en esta nuestra vida mortal, como también de cómo podemos llegar a vivir en gozo con ellos en el placer y la felicidad eternos. Muy cierto es también el dicho de San Agustín, según el cual dar limosna y socorrer a los pobres es el camino recto para ir al cielo. “Via caeli pauper est”; “el pobre”, dice, “es el camino al cielo¹³”. En tiempos pasados solían colocar en los arcones de las carreteras la imagen de Mercurio señalando con su dedo cuál era el camino correcto para llegar a la ciudad¹⁴. Y nosotros solemos colocar en los cruces una cruz de madera o de piedra para advertir al viajero hacia dónde debe girar cuando llega allí, para dirigir su viaje correctamente. Pero la Palabra de Dios, como dice San Agustín, ha puesto en el camino hacia el cielo al pobre y su casa, de modo que quien quiera ir derecho hacia allí y no desviarse del camino, debe pasar por el pobre. El pobre es el Mercurio que nos marca el camino, y si nos fijamos bien en esta marca no nos desviaremos mucho del buen camino.

La forma de ser de los hombres mundanos sabios entre nosotros es que si conocen a un hombre de menor condición que ellos que goza del favor del príncipe o de cualquier otro noble a quien temen o aman, estarán encantados de beneficiar y complacer a ese hombre, para que cuando tengan necesidad se convierta en su portavoz, ya sea para ayudar con su buena palabra a obtener un bien o para evitar un disgusto. Ahora bien, seguramente debería ser una vergüenza para nosotros que los hombres mundanos, en lo que respecta a las cosas temporales que duran sólo un tiempo breve y transitorio, sean más sabios y previsores en procurarlas que nosotros para con las celestiales. Nuestro Salvador Cristo da testimonio de los hombres pobres, de que son queridos para Él y de que los ama especialmente, pues los llama sus pequeños con un nombre de tierno amor; dice que son sus hermanos¹⁵. Y Santiago dice que Dios los ha elegido para ser herederos de su reino. “¿No ha elegido Dios para sí –dice– a los pobres de este mundo, para hacerlos en el futuro ricos herederos de ese reino que ha prometido a los que lo aman?¹⁶” Y sabemos que la oración que hacen por nosotros será aceptable y considerada por Dios. Su queja

¹² Gén. 19:1–29.

¹³ Agustín, *Homiliae*, 367.

¹⁴ No hay evidencia que respalde esta afirmación, aunque Mercurio (Hermes) era el dios de los viajeros.

¹⁵ Mt. 10:42; 25:40.

¹⁶ Santiago 2:5.

también será escuchada. De esto nos aseguró ciertamente Jesús, el hijo de Sirac, diciendo: 'No rechaces al suplicante atribulado, ni apartes tu rostro del pobre. No apartes del mendigo tus ojos, ni des a nadie ocasión de maldecirte. Pues si maldice en la amargura de su alma, su Hacedor escuchará su imprecación¹⁷'. Sabemos también que quien se reconoce a sí mismo como su amo y patrono y no se niega a tomarlos por sus siervos, es capaz tanto de agradarnos como de desagradarnos, y que cada hora estamos necesitados de su ayuda. ¿Por qué, pues, hemos de ser negligentes o no estar dispuestos a procurarnos su amistad y favor, con lo cual también podemos estar seguros de obtener su bendición, siendo que Él es capaz y está dispuesto a concedernos todas las cosas buenas que redundan para nuestra comodidad y riqueza? Cristo declara con esto cuánto acepta nuestro afecto caritativo hacia los pobres, en que promete una recompensa a los que dan un vaso de agua fría en su nombre a los que lo necesitan, y esa recompensa es el reino de los cielos¹⁸. No hay duda, pues, de que Dios tiene en alta estima lo que recompensa tan generosamente. Porque el que promete una recompensa principesca por una mísera benevolencia, declara que se complace más en el dar que en el recibir, y que estima tanto el hacer la cosa como el fruto y el bien que de ella se deriva.

Quien hasta ahora ha descuidado la limosna, sepa que Dios se lo exige ahora y que, si ha sido generoso con los pobres, sepa que sus buenas obras son aceptadas y agradecidas en las manos de Dios, que lo recompensará con el doble y el triple. Porque así dice el hombre sabio: «Al Señor presta el que da al pobre, Y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar¹⁹», siendo la ganancia principalmente la posesión de la vida eterna por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. A quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria por los siglos. Amén.

2. Habéis oído antes, amadísimos, que dar limosna a los pobres y socorrerlos en tiempo de necesidad es tan agradable a nuestro Salvador Cristo, que Él lo considera como hecho a sí mismo lo que nosotros hacemos por Él a ellos. Habéis oído también con cuánta insistencia nos exhortan a lo mismo los apóstoles, los profetas, los santos padres y los doctores. Y veis cuán bien amados y queridos por Dios eran aquellos de quienes las Escrituras nos informan que fueron buenos dadores. Por lo tanto, si sus buenos ejemplos o el sano consejo de los padres piadosos, o el amor de Cristo, cuyo favor especial podemos estar seguros de obtener por este medio, pueden conmovernos o hacer algo con nosotros, dispongamos que de ahora en adelante mostremos a Dios este servicio agradecido, de estar atentos y listos para ayudar a los que son pobres y están en la miseria.

Ahora, esta segunda vez que pido limosnas, os mostraré cuán provechoso es para nosotros ejercitarnos en ellas, y qué fruto nos darán si las practicamos fielmente. Nuestro Salvador Cristo, en el Evangelio, nos enseña que de nada

¹⁷ Eclesiástico 4:6-7.

¹⁸ Mateo 10:42; Marcos 9:41.

¹⁹ Proverbios 19:17.

aprovecha al hombre poseer todos los tesoros del mundo entero y las riquezas o la gloria que ellos conlleva, si entretanto pierde su alma o hace aquello por lo que ésta quede cautiva de la muerte, del pecado y del fuego del infierno. Con este dicho no sólo nos instruye sobre cuánto debe preferirse la salud del alma a los bienes terrenales, sino que también sirve para estimular nuestras mentes y estimularnos para que busquemos diligentemente y aprendamos por qué medios podemos preservar y mantener nuestras almas siempre a salvo, es decir, cómo podemos recuperar su salud si se pierde o se deteriora, y cómo podemos defenderla y mantenerla si una vez la tenemos. Sí, también nos enseña de este modo a estimar como una medicina preciosa y una joya inestimable que tiene tal fuerza y virtud en ella que puede procurar o preservar un tesoro tan incomparable. En efecto, si estimamos mucho la medicina o el unguento que es capaz de curar diversas y graves enfermedades del cuerpo, mucho más estimaremos la que tiene el mismo poder sobre el alma. Y para que podamos estar más seguros de conocer y tener a mano ese remedio tan útil, Él, como maestro muy fiel y amoroso, nos muestra lo que es y dónde podemos encontrarlo, y cómo podemos usarlo y aplicarlo. En efecto, cuando tanto él como sus discípulos fueron gravemente acusados por los fariseos de haber contaminado sus almas al quebrantar las constituciones de los ancianos porque iban a comer y no se lavaban las manos antes, según la costumbre de los judíos, Cristo, respondiendo a su queja supersticiosa, les enseña un remedio especial para mantener limpias sus almas, a pesar de la violación de tales órdenes supersticiosas: "Dad limosna", les dice, "y he aquí que todo os será limpio²⁰". Les enseña que ser misericordiosos y caritativos al ayudar a los pobres es el medio para mantener el alma pura y limpia a la vista de Dios. Por lo tanto, con esto se nos enseña que la limosna misericordiosa es beneficiosa para purgar el alma de la infección y las manchas sucias del pecado. La misma lección también enseña el Espíritu Santo en varios lugares de la Escritura, diciendo: "La misericordia y la limosna libra de la muerte y purifica todo pecado. Los limosneros tendrán larga vida²¹". Gran confianza tengan delante del Dios Altísimo los que muestran misericordia y compasión a los afligidos. El sabio predicador hijo de Sirá confirma esto mismo cuando dice que "como el agua apaga el fuego ardiente, así también la misericordia y la limosna perdona los pecados²²". Y es cierto que la misericordia apacigua tanto el ardor del pecado que no se apoderará del hombre para hacerle daño, o si por alguna enfermedad y debilidad ha sido tocado y molestado con ellos, inmediatamente la misericordia los limpiará y lavará, como bálsamos y remedios para curar sus llagas y enfermedades graves. Y en esto el santo padre Cipriano aprovecha la ocasión para exhortar encarecidamente a la obra misericordiosa de dar limosna y ayudar a los pobres, y allí exhorta a considerar cuán saludable y provechoso es aliviar a los necesitados y ayudar a los afligidos, con lo cual podemos purgar nuestros pecados y sanar nuestras almas heridas²³.

²⁰ Lucas 11:41.

²¹ Tobías 4:10–11; Proverbios 16:6.

²² Eclesiástico 3:30.

²³ Cipriano, De opere et eleemosynis, 1.

Pero aquí algunos me dirán: "Si la limosna y nuestras obras de caridad hacia los pobres pueden lavar los pecados, reconciliarnos con Dios, librarnos del peligro de la condenación y hacernos hijos y herederos del reino de Dios, entonces el mérito de Cristo está desfigurado y su sangre derramada en vano, entonces somos justificados por las obras y por nuestras acciones podemos merecer el cielo, entonces en vano creemos que Cristo murió para quitar nuestros pecados y que resucitó para nuestra justificación", como enseña San Pablo²⁴. Pero comprenderéis, amadísimos, que ni los lugares de la Escritura antes citados, ni la doctrina del bienaventurado mártir Cipriano, ni ningún hombre piadoso y docto, cuando, al ensalzar la dignidad, el provecho, el fruto y el efecto de la limosna virtuosa y liberal, dicen que lava los pecados y nos hace merecedores del favor de Dios, quieren decir que nuestro trabajo y obra caritativa es la causa original de nuestra aceptación ante Dios, o que por la dignidad o mérito de la misma nuestros pecados sean lavados, y nosotros purgados y limpiados de todas las manchas de nuestra iniquidad, porque eso sería en verdad desfigurar a Cristo y defraudarle de su gloria. Pero esto es lo que quieren decir, y esto es lo que se malinterpreta de esos dichos y otros semejantes, que Dios, por su misericordia y favor especial hacia aquellos a quienes ha destinado a la salvación eterna, ha ofrecido su gracia eficazmente, y ellos la han recibido tan fructíferamente, que aunque por razón de su vida pecaminosa exteriormente parecían haber sido antes hijos de la ira y de la perdición, sin embargo, ahora que el Espíritu de Dios obra poderosamente en ellos la obediencia a la voluntad y a los mandamientos de Dios, declaran por sus obras y su vida exterior, en muestra de misericordia y caridad, que no pueden venir sino del Espíritu de Dios y de su gracia especial, que son indudablemente hijos de Dios, destinados a la vida eterna; y así, como por su maldad y vida impía se mostraron según el juicio de los hombres (que siguen la apariencia externa²⁵), como réprobos y náufragos, así ahora por su obediencia a la santa voluntad de Dios y por su misericordia y tierna piedad (en la que se muestran semejantes a Dios, que es la fuente y manantial de toda misericordia), declaran abierta y manifiestamente a la vista de los hombres que son hijos de Dios y elegidos por él para salvación.

Porque así como el buen fruto no es la causa de que el árbol sea bueno, sino que el árbol debe ser primero bueno antes de que pueda producir buen fruto, así las buenas obras del hombre no son la causa que hace bueno al hombre, sino que primero es hecho bueno por el Espíritu y la gracia de Dios que obra eficazmente en él, y después produce buenos frutos. Y entonces, como el buen fruto evidencia la bondad del árbol, así la buena y misericordiosa acción del hombre evidencia y ciertamente prueba la bondad de quien la hace, y esto según el dicho de Cristo: "Por sus frutos los conoceréis²⁶". Y si alguno objetare afirmando que los hombres malos y seductores a veces por sus obras parecen ser muy piadosos y virtuosos,

²⁴ Tito 2:4; Romanos 4:25.

²⁵ 1 Samuel 16:7.

²⁶ Mateo 7:16.

responderé que también la manzana y la pera parecen tener a veces por fuera un color rojo tan hermoso y tan suave como la fruta que es buena en verdad, pero el que muerda y pruebe juzgará fácilmente entre la amargura agria de una y el dulce sabor de la otra. Y como el verdadero cristiano, en agradecimiento de corazón por la redención de su alma comprada por la muerte de Cristo, muestra benignamente por el fruto de su fe su obediencia a Dios, así el otro, como mercader de Dios, hace todo para su propia ganancia, pensando ganar el cielo por el mérito de sus obras, y así desfigura y oscurece el precio de la sangre de Cristo, quien en verdad es el único que satisfactoriamente ha purgado todos nuestros pecados.

El sentido de estas palabras de las Sagradas Escrituras y de otros escritos sagrados: «La limosna borra nuestros pecados²⁷» y «La misericordia para con los pobres borra nuestras ofensas» es que, si hacemos estas cosas según la voluntad de Dios y según nuestro deber, nuestros pecados son lavados y nuestras ofensas borradas, no por su mérito, sino por la gracia de Dios que obra todo en todos²⁸ y eso por la promesa que Dios ha hecho a los que son obedientes a su mandamiento, para que el que es de la verdad pueda ser justificado en cumplir la verdad debida a su verdadera promesa. Las limosnas lavan nuestros pecados, porque Dios se digna entonces reputarnos limpios y puros cuando las hacemos por su causa, y no porque merezcan u obtengan nuestra purificación, o porque tengan tal fuerza y virtud en sí mismas.

Sé que algunos hombres, demasiado adictos a la promoción de sus buenas obras, no se contentarán con esta respuesta, y no es de extrañar, porque tales hombres no pueden dar una respuesta satisfactoria ni suficiente. Por lo tanto, dejándolos a su propio sentido voluntario, consideraremos más bien a los razonables y piadosos, quienes, como saben y se persuaden con toda certeza de que toda bondad, toda generosidad, toda misericordia, todos los beneficios, todo perdón de pecados y todo lo que pueda llamarse bueno y provechoso, ya sea para el cuerpo o para el alma, provienen solo de la misericordia y el mero favor de Dios, y no de ellos mismos, de modo que, aunque hagan tantas y tan excelentes buenas obras, nunca se envanecen con la vana confianza en ellas. Y aunque oyen y leen en la Palabra de Dios y en otras partes en las obras de hombres piadosos que las limosnas, la misericordia y la caridad lavan el pecado y borran la iniquidad, sin embargo, no se aferran a ellas con arrogancia y orgullo ni confían en ellas ni se jactan de ellas, como lo hizo el orgulloso fariseo²⁹, para no ser condenados con el fariseo; sino que, más bien, con el humilde y pobre publicano, se confiesan miserables pecadores e indignos de mirar al cielo, clamando y ansiando misericordia, para que con el publicano puedan ser declarados justificados por Cristo. Los piadosos aprenden que cuando las Escrituras dicen que por las obras buenas y misericordiosas somos reconciliados con el favor de Dios, se nos enseña entonces a conocer lo que Cristo por su intercesión y mediación nos

²⁷ Tobías 12:9; Proverbios 16:6; Daniel 4:27.

²⁸ 1 Corintios 12:6.

²⁹ Lucas 18:10–14.

obtiene de su Padre cuando somos obedientes a su voluntad; sí, aprenden en tales maneras de hablar un reconfortante argumento del singular favor y amor de Dios, que atribuye eso a nosotros y a nuestras obras, que Él por su Espíritu obra en nosotros y por su gracia nos procura. Sin embargo, a pesar de esto, gritan con San Pablo: 'Oh, miserable de mí³⁰', y reconocen, como enseña Cristo, que 'cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos³¹', y con el bendito rey David, respecto a los justos juicios de Dios, tiemblan y dicen: 'JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?³²' Así se humillan y son exaltados por Dios; se tienen por viles y son tenidos por puros y limpios por Dios; se menosprecian y son justificados por Dios; se tienen por indignos de la tierra y son tenidos por dignos del cielo por Dios. Así, la Palabra de Dios les enseña a pensar correctamente acerca de la manera misericordiosa de tratar las limosnas, y a participar de la misericordia y bondad especiales de Dios en los frutos que su Palabra ha prometido.

Sigamos, pues, sus ejemplos y mostremos obedientemente en nuestra vida las obras de misericordia que se nos han ordenado, y tengamos de ellas la opinión y el juicio correctos que se nos han enseñado, y, de la misma manera que ellos, seremos hechos partícipes y sentiremos los frutos y las recompensas que siguen a esa vida piadosa. Así sabremos por pruebas qué beneficio y qué provecho se deriva de dar limosna y socorrer a los pobres.

3. Ya habéis oído dos partes de este tratado de las limosnas; la primera, cuán agradable y aceptable es ante Dios el hacerlas; la segunda, cuánto nos conviene y cuán provechoso es aplicarnos a ellas. Ahora bien, en esta tercera parte quitaré el obstáculo que impide a muchos hacerlas.

Hay muchos que, cuando oyen cuán aceptable es a los ojos de Dios el dar limosna, y cuánto extiende Dios su favor hacia los que son misericordiosos, y qué frutos y bienes reciben por ello, desean de muy buena gana consigo mismos obtener también estos beneficios y ser tenidos por tales por Dios de manera que Él los ame o haga por ellos. Pero, sin embargo, estos hombres son tan codiciosos que no quieren dar ni medio centavo ni una libra³³ de pan para ser considerados dignos de los beneficios de Dios, y ser así favorecidos por Él. Porque están siempre temerosos y dudosos, no sea que por dar a menudo, aunque sea poco a la vez, consuman sus bienes y se empobrezcan de tal manera, que al final ni siquiera ellos mismos puedan vivir, sino que se vean obligados a mendigar y vivir de las limosnas de otros hombres. Y así buscan excusas para negarse a sí mismos el favor de Dios y eligen con avaricia mezquina inclinarse más bien hacia el diablo, que por caritativa misericordia venir a Cristo o permitir que Cristo venga a ellos. Ojalá tuviéramos algún médico astuto y

³⁰ Romanos 7:24.

³¹ Lucas 17:10.

³² Salmo 130:3.

³³ es decir, 'rebanada'.

hábil que pudiera purgarlos de este humor tan pestilente que infecta tan gravemente no sus cuerpos, sino sus mentes, y así, corrompiendo sus almas, lleva sus cuerpos y sus almas al peligro del fuego del infierno.

Ahora bien, para que no haya ninguno de éstos entre nosotros, queridos hermanos, busquemos diligentemente a ese médico, que es Jesucristo, y trabajemos fervientemente para que por su misericordia nos instruya verdaderamente y nos dé una medicina efectiva contra una enfermedad tan peligrosa.

Escucha, pues, quienquiera que seas que temes que por dar a los pobres te lleves a ti mismo a la mendicidad. Lo que tomas de ti mismo para dárselo a Cristo no puede consumirse ni malgastarse. No me creas a mí, pero si tienes fe y eres un verdadero cristiano, cree al Espíritu Santo, da crédito a la autoridad de la Palabra de Dios, que así enseña. Porque así dice el Espíritu Santo por medio de Salomón: «El que da al pobre no tendrá pobreza³⁴» Los hombres suponen que acumulando y acumulando aún serán ricos al final, y que distribuyendo y repartiendo, aunque sea para los usos más necesarios y piadosos, serán llevados a la pobreza. Pero el Espíritu Santo, que conoce toda la verdad, nos enseña otra lección contraria a ésta.

Él nos enseña que hay un tipo de dependencia que nunca disminuirá las reservas, y un tipo de ahorro que llevará a un hombre a la extrema pobreza³⁵. Porque donde dice que el buen limosnero nunca tendrá escasez, añade: 'Mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones³⁶'. ¡Cuán diferente es entonces el juicio del hombre del juicio del Espíritu Santo!

El santo apóstol Pablo, hombre lleno del Espíritu Santo y conocedor incluso de la voluntad secreta de Dios, enseña que el dador alegre no se empobrecerá por ello. "Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia³⁷". No se contenta aquí con anunciarles que no les faltará nada, sino que les muestra también de qué manera Dios les proveerá. Así como provee la semilla para el sembrador multiplicándola y dándole gran abundancia, así multiplicará sus bienes y los aumentará, para que haya gran abundancia.

Y para que no pensemos que sus dichos son sólo palabras y no verdad, tenemos un ejemplo de ello en el primer libro de los Reyes³⁸, que lo confirma y lo sella como una verdad muy cierta. La pobre viuda que recibió al profeta desterrado de Dios, Elías, cuando tenía sólo un puñado de harina en una vasija y un poco de aceite en un recipiente, con lo cual hizo una torta para ella y su hijo, para que después de

³⁴ Proverbios 28:27.

³⁵ Proverbios 11:24.

³⁶ Proverbios 28:27.

³⁷ 2 Corintios 9:10. Citado de Cipriano, De opere et eleemosynis, 9.

³⁸ El texto original dice aquí 'tercero', siguiendo la costumbre griega y latina.

comer murieran, porque en esa gran hambruna no había más alimento que fuese posible conseguir; sin embargo, cuando dio parte de ello a Elías y defraudó a su propio estómago hambriento, haciendo esto misericordiosamente para aliviarlo, fue tan bendecida por Dios que ni la harina ni el aceite se consumieron todo el tiempo que duró esa hambruna, pero tanto el profeta Elías como ella y su hijo fueron alimentados adecuadamente y tuvieron todo lo necesario³⁹.

¡Oh, consideren este ejemplo, ustedes, incrédulos, infieles y codiciosos que desacreditan la Palabra de Dios y piensan que su poder está disminuido! Esta pobre mujer, en un momento de extrema y prolongada escasez, sólo tenía un puñado de harina y una pequeña vasija de aceite; su único hijo estaba a punto de perecer de hambre ante su rostro y ella misma estaba a punto de consumirse; y, sin embargo, cuando el pobre profeta vino y le pidió parte, ella estaba tan consciente de la misericordia que olvidó su propia miseria y, en lugar de omitir la ocasión dada para dar limosna y hacer una obra de justicia, se contentó con arriesgar su propia vida y la de su hijo. Y vosotros que tenéis gran abundancia de alimentos y bebidas, gran almacenamiento de ropas carcomidas, sí, muchos de vosotros grandes montones de oro y plata, y el que menos tiene, posee más de lo necesario, ahora en este tiempo cuando, gracias a Dios, ninguna gran hambruna os oprime, vuestros hijos están bien vestidos y bien alimentados y no hay peligro de muerte por hambre que temer, preferiréis arrojar dudas y peligros de penuria improbable antes que desprenderos de cualquier pieza de vuestras superfluidades para ayudar a alimentar y socorrer al pobre, hambriento y desnudo Cristo que viene a vuestras puertas a mendigar⁴⁰. Esta pobre y tonta viuda, en medio de toda su miseria, nunca dudó ante lo que ella misma necesitaría; nunca desconfió de la promesa que Dios le había hecho por medio del profeta, sino que inmediatamente se puso a ayudar al hambriento profeta de Dios, incluso prefiriendo su necesidad a la suya propia. Pero nosotros, como miserables incrédulos, antes de dar una sola moneda, ponemos mil dudas considerando que ello puede ser peligroso para nosotros, planteándonos si nos servirá de algo si la damos a los pobres, si no nos hará falta en cualquier otro momento y si en este caso habría sido más provechoso no darla. De modo que es más difícil arrancar un clavo fuerte de un poste, como dice el proverbio, que arrancar un céntimo de nuestros dedos. No hay ni temor ni amor de Dios ante nuestros ojos; estimaremos más una moneda que desear el reino de Dios o no temeremos a la mazmorra del diablo. Escuchad, pues, vosotros, avaros despiadados, ¿cuál será el fin de vuestro trato despiadado? Así como Dios alimentó a esta pobre viuda en tiempo de hambruna y aumentó su pequeño tesoro de modo que tuviera lo suficiente y no sintiera penuria mientras otros languidecían, así también Dios os plagará con pobreza en medio de la abundancia. Entonces, cuando otros tengan abundancia y sean alimentados hasta saciaros, vosotros os desperdiciaréis y os consumiréis por completo, vuestro tesoro será destruido, vuestros bienes os serán arrebatados, toda vuestra gloria y riqueza perecerán y aquello que cuando lo teníais podríais haber disfrutado en paz y podríais

³⁹ 1 Reyes 17:8–16.

⁴⁰ Jerónimo, Ep. ad Gaudentium, 12.

haberlo otorgado a otros muy piadosos, lo buscaréis con dolor y suspiros y en ninguna parte lo encontraréis. Por vuestra falta de misericordia hacia los demás, no encontraréis a nadie que os muestre misericordia. Vosotros, que tuvisteis corazones de piedra hacia los demás, encontraréis que todas las criaturas de Dios son para vosotros tan duras como el bronce y el hierro.

¡Ay, qué furor y locura se apoderan de nuestras mentes, que en un asunto de verdad y certeza no damos crédito a la verdad, dando testimonio de lo que es más cierto! Cristo dice que si buscamos primero el reino de Dios y hacemos las obras de justicia que hay en él, no nos quedaremos desamparados; todo lo demás nos será dado en abundancia⁴¹. No, decimos: Primero me mimaré a mi mismo para poder vivir y estar seguro de que tengo lo suficiente para mí y para los míos, y si tengo algo de más, lo daré para obtener el favor de Dios y los pobres tendrán entonces parte conmigo. Mirad, os ruego, el juicio perverso de los hombres. Tenemos más cuidado de alimentar el cadáver que temor de ver perecer nuestra alma. Y como dice Cipriano: "Mientras dudamos de que nuestros bienes falten por ser demasiado generosos, no dudamos de que nuestra vida y nuestra salud falten por no ser generosas en absoluto. Mientras nos cuidamos de disminuir nuestros bienes, nos descuidamos de disminuirnos a nosotros mismos. Amamos a Mammón y perdemos nuestras almas. Tememos que nuestro patrimonio se pierda, pero no tememos que perezcamos por él⁴². Así, perversamente amamos para odiar y odiamos para amar; somos negligentes cuando deberíamos ser cuidadosos y cuidadosos donde no debemos serlo.

Este vano temor de carecer de nosotros mismos, si damos a los pobres, es muy parecido al temor de los niños y los tontos, que cuando ven el brillante destello de un espejo, imaginan inmediatamente que es un relámpago, y sin embargo el brillo de un espejo nunca fue el relámpago. De la misma manera, cuando imaginamos que al gastar en los pobres un hombre puede llegar a la pobreza, nos vemos arrojados a un vano temor, porque nunca hemos oído ni sabido que por ese medio alguien llegara a la miseria y quedara desamparado, y no fuera considerado por Dios. Por el contrario, leemos en las Escrituras, como ya lo he demostrado antes y puede probarse con infinitos testimonios y ejemplos, que quienquiera que sirva a Dios fiel y sinceramente en cualquier vocación, Dios no permitirá que decaiga, y mucho menos que perezca. El Espíritu Santo nos enseña, por medio de Salomón, que 'el Señor no dejará padecer hambre al justo⁴³'. Por eso David dice a todos los misericordiosos: 'Temed al Señor, vosotros sus santos, pues nada falta a los que le temen. Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien⁴⁴'. Cuando Elías estaba en el desierto, Dios lo alimentó por el ministerio de un cuervo que al atardecer y al amanecer le traía suficientes

⁴¹ Mateo 6:33.

⁴² Cipriano, De opere et eleemosynis, 10.

⁴³ Prov. 10:3.

⁴⁴ Sal. 34:9-10.

provisiones⁴⁵. Cuando Daniel estaba encerrado en el foso de los leones, Dios le preparó comida y se la envió. Y allí se cumplió el dicho de David: 'Los leoncillos necesitan, y tienen hambre; pero los que buscan al Señor no tendrán falta de ningún bien⁴⁶. Porque mientras los leones que debían ser alimentados con su carne rugían de hambre y deseo de su presa, sobre la cual no tenían poder, aunque estuviera presente ante ellos, él mientras tanto recibía alimento fresco de Dios, siendo que con su carne debía haber saciado a los leones. Tan poderosamente obra Dios para preservar y mantener a los que ama, tan cuidadoso es también de alimentar a los que en cualquier estado o vocación le sirven sin fingimiento. ¿Y pensaremos ahora que no nos tendrá en cuenta si somos obedientes a su Palabra y, según su voluntad, nos apiadamos de los pobres? Él nos da todas las riquezas antes de que le hagamos ningún servicio, ¿y nos verá carecer de lo necesario cuando le hagamos un verdadero servicio? ¿Puede alguien pensar que el que alimenta a Cristo puede ser abandonado por Cristo y quedarse sin alimento? ¿O negará Cristo las cosas terrenales a aquellos a quienes promete las celestiales por su verdadero servicio⁴⁷?

No puede ser, pues, queridos hermanos, que por dar limosna nos faltemos en algún momento, o que nosotros, que socorremos a otros, nos veamos oprimidos por la penuria. Es contrario a la palabra de Dios, contradice su promesa, va contra la propiedad y la naturaleza de Cristo permitirlo, es la astuta suposición del diablo persuadirnos a ello. Por tanto, no os detengáis en dar limosna libremente y confiad, no obstante, en que la bondad de Dios nos ministrará suficiencia y abundancia, mientras vivamos en esta vida transitoria, y después de nuestros días aquí bien empleados en su servicio y en el amor de nuestros hermanos, seremos coronados con la gloria eterna, para reinar con Cristo nuestro Salvador en el cielo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y gloria por los siglos.

Amén.

⁴⁵ 1 Reyes 17:2–6.

⁴⁶ Bel y el dragón, 1:30–39.

⁴⁷ Cipriano, De opere et eleemosynis, 11.